

0. El gigante egoísta
por Carla Zaccagnini



Carla Zaccagnini Yo voy a visitar a mi papa, 1980, pastel oleoso y tempera sobre papel, 33 x 41 cm

Está el mito de Orfeo, cuando baja al inframundo a buscar a Eurídice y Hades le permite llevársela, siempre que él camine delante suyo sin darse vuelta a mirarla, hasta que la iluminen los rayos del sol. Ni bien llega a la superficie, Orfeo gira sin contar los pasos que los separan y apenas si alcanza a verla desaparecer para siempre, justo antes de salir a la luz del día. Y está la historia bíblica de la fuga de Sodoma, cuando también se les ordena a Lot y a su familia que no miren hacia atrás. La mujer de Lot no logra marcharse sin ver la ciudad desde afuera, por última vez, siendo así convertida en estatua de sal: los pasos estancados, el torso dado vuelta, los ojos abiertos como queriendo tragarlo todo, mientras espera la próxima lluvia.

La amenaza de mirar hacia atrás, la irresistible tentación de hacerlo y el castigo. Creo que lo entiendo. Aunque creo que al mirar hacia atrás el riesgo no está en hacer desaparecer lo que vemos ni en que se cristalice quien mira. El riesgo está más bien en que solidificamos aquello que alguna vez vimos, o que creímos ver, y al volver a caminar hacia adelante, lo hacemos cargados de imágenes coaguladas, congeladas no en el momento en que esas poses ocurrieron sino en el momento en que las miramos de nuevo y decidimos que eran así. No nos acordamos de un cumpleaños, sino de las fotos de ese cumpleaños, o del relato de nuestra reacción ante los trucos del mago.

Puede que sea por el peligro mítico de mirar hacia atrás que solo se mira al pasado por medio de retrovisores. Así se escribe la historia. A partir de un día presente, también histórico y también colmado de guerras, se mira el reflejo de un pasado en las huellas que quedaron, y se decide que se entiende lo que pasó, cómo pasó lo que pasó o lo que se dice que pasó, o lo que se piensa ver en los rastros que pasó, o lo que nos hace pensar el presente resultante que pueda haber pasado. Y así se erigen las estatuas de sal, que pueden durar años o siglos si no hay tormenta.

No sé si el tiempo será cíclico, pero el pasado se repite, lo repetimos, nos gusta contarlos de nuevo. Y la escena que evocamos del cumpleaños es siempre la misma. De un día entero de sorpresas y felicitaciones pinzamos siempre el mismo momento que no sabemos cómo o por quién fue elegido, pero que aflora como la escena de Marilyn Monroe sosteniéndose el vestido sobre una rejilla del subte cada vez que se habla o se piensa en aquel cumpleaños (o aquel entierro, o aquel día sin fecha).

Así se escribe la historia, menos con la memoria y más por medio de olvidos. Hay mucho que dejar de lado, reiteradamente, para tejer ese encadenamiento de sucesos épicos que construye y recuenta la historia como un álbum de fotos de familia. Hay que olvidar consistentemente. Todo lo que no tenga prueba conocida podría no haber pasado, y se deja de mencionar: desaparece de los libros, de las anécdotas, de las preguntas y entonces sí, ya no podrá haber pasado. Y va quedando un solo relato. De todos los cuentos posibles se elige una fábula. ¿La del astrólogo, que de tanto caminar mirando estrellas se cae al pozo? ¿O la de Pedro, que de tanto repetir un lobo inventado ya nadie le cree cuando el lobo es de verdad y llega hambriento?

Tal vez una manera de poder escribir otra historia sea acercarse al pasado por nuevos reflejos, encontrar documentos intactos. No intactos como incólumes, al contrario, necesitamos los que fueron guardados sin cuidado y pudieron ir cambiando a escondidas. Esos que siguieron vivos sin testigos y están ahora un poco sucios y un poco rotos. Los discretos, que supieron quedarse callados cada vez que podríamos haberlos sacado a relucir como estatuas o podríamos haberlos hundido para siempre en las tinieblas. Los que lograron pasar desapercibidos y pudieron conservar la extrañeza. Los que no aprendimos a mirar y solo podemos ver con desobediencia, con la urgencia inconsciente de la mujer de Lot y del amante de Eurídice, con el hambre de un lobo que hace mucho se espera.